

LA ERA GLOBAL

Felipe Ortiz de Zevallos M.

El mundo ha cambiado – y seguirá cambiando – a una velocidad vertiginosa y progresiva. Los avances científicos y tecnológicos son una causa fundamental de los cambios estructurales que se observan al interior de la sociedad. Hoy en día los individuos podemos acceder a mercados de todo el mundo, desde el lugar donde nos encontremos. Esta progresiva desaparición de las fronteras mundiales da origen a lo que conocemos como era global, generando una cultura virtual que, si bien facilita el modo de vida de muchas personas, puede convertirse en un factor de exclusión de determinados grupos humanos.

Vivimos actualmente un cambio de época. Durante el último medio siglo, los avances tecnológicos han transformado el mundo, especialmente en el transporte, las telecomunicaciones y el procesamiento de datos. El costo del transporte aéreo, por ejemplo, medido en pasajero-kilómetros, ha disminuido en cinco veces. El costo de hablar tres minutos entre América y Europa se ha reducido en 80 veces. Con cuatro alambres de cobre, hasta hace apenas dos décadas, se procesaban 24 conversaciones telefónicas en simultáneo; hoy, la fibra óptica equivalente permite procesar 70 millones de comunicaciones a la vez. Cuando el teléfono celular fue introducido, sus promotores más entusiastas estimaban que, para el 2000, habría un millón de ellos en operación. En 1999, se vendieron más de 150 millones de aparatos. Y, desde que fueron inventadas, el precio de una computadora de igual potencia ha caído en 125 veces. Contra muchos pronósticos, la ley Moore –que plantea la posibilidad de duplicar la potencia de los microprocesadores cada 18 meses- sigue hasta ahora vigente. De mantenerse una aceleración exponencial como ésta, un aparato del tamaño de un vulgar *beeper* podría teóricamente contener, para el año 2020, cada texto escrito, en cada idioma, desde el inicio de la civilización.

Estas nuevas capacidades han facilitado enormemente el comercio internacional y multiplicado los flujos financieros que cruzan las fronteras, promoviendo un intenso proceso de integración económica. Las exportaciones crecen a una tasa que es casi el doble de la correspondiente al conjunto de la economía productiva. Y los movi-



mientos de capital resultan un elevado múltiplo del valor de los bienes que efectivamente se exportan o importan. En muchos países, los capitales que entran y salen para adquirir bonos y acciones totalizan un múltiplo del PBI (Producto Bruto Interno) y resultan un décuplo de lo que se transaba apenas hace 10 años. Cualquier usuario del Internet puede hoy, desde su escritorio y sin mayor ayuda, comprar o vender acciones cotizadas en la bolsa de cualquier ciudad del mundo.

Más allá de las leyes, estos cambios dramáticos van a sacudir muchos de los criterios y paradigmas que la sociedad moderna ha tenido sobre la vida cotidiana. Incluso conceptos tan esenciales como tiempo, espacio, y masa resultan trastocados. La típica empresa industrial, por ejemplo, célula productiva de la Era Moderna, operaba de 9 a.m. a 5 p.m., cinco días a la semana. En cambio, la empresa virtual, representativa de la sociedad digital, carece de horarios: puede funcionar 24 horas, 365 días al año.

En la típica empresa industrial, una adecuada ubicación constituía una característica clave en los procesos de producción y venta de bienes y servicios. En el futuro, en cambio, no sólo será posible producir y comerciar a cualquier hora sino, también, desde cualquier sitio.

Incluso conceptos abstractos –tales como fuerza, riqueza, poder– tuvieron todos, en la sociedad industrial, imágenes visuales caracterizadas por una masa significativa como sustento. En la sociedad del futuro, en cambio, lo intangible puede empezar a valer un múltiplo creciente de lo físicamente conmensurable.

Procesos convergentes facilitados por estas transformaciones –tales como la creciente velocidad e intensidad de la vida cotidiana, la incorporación al trabajo y el reconocimiento pleno de los derechos de la mujer, la autonomía creciente de las personas, la rica interconexión posible hoy en día según los intereses más diversos, la mayor movilidad geográfica– pueden generar consecuencias sociales aún imprevisibles. Por ejemplo, la familia patriarcal –aquella en la cual el varón adulto ejercía el mayor poder– que constituyó, por varios siglos, una célula social clave, está hoy en crisis. La sociedad del futuro se va a articular sobre la base de una red planetaria capaz de vincular a personas de diversas calificaciones e intereses para realizar actividades económicas y sociales muy variadas, difíciles de prever y menos aún de legislar sobre ellas. Desde el ángulo productivo, ello va a favorecer a quienes tengan la capaci-

dad para generar valor para mercados que serán cada vez más globales. Actualmente, los usuarios del Internet suman más de cien millones y se estima que, antes de 2020, el número se elevará por encima de mil millones, lo que representa un sétimo de la población mundial.

Una red tan extendida podrá llegar, a bajo costo, al lugar más apartado del planeta, pero también puede ser lo selectiva y excluyente que quiera. Así, la sociedad del futuro, más aún que en el pasado, estará en la capacidad de marginar –política y económicamente– a personas, pueblos y territorios, que en tal caso sobrevivirían mal en un aislamiento virtual. Entre el 2000 y 2020, la población mundial aumentará en 1,400 millones de personas, el 95 por ciento de los cuales nacerá en países pobres como el Perú. Hasta el idioma mismo podría convertirse en un factor de exclusión. Por ejemplo, en la actualidad, más del 80 por ciento de las comunicaciones en Internet se realiza en idioma inglés.

La economía no es, en esencia, sino la manera en que los individuos usan los recursos que tienen disponibles para satisfacer necesidades y deseos. Por 100,000 años, la humanidad tuvo una economía –y sistemas sociales y legales– basados en la caza y recolección; por otros 10,000 años, economías agrícolas y sociedades sedentarias; por cerca de 200 años, economías que procuraban avanzar gracias a los beneficios de escala que otorgaban las plantas industriales urbanas; y ahora el mundo se encuentra en trance hacia una economía que estará dominada por la información y el conocimiento y cuyas nuevas reglas o paradigmas aún están por formularse. Que la mayoría de los grandes empresarios del siglo XIX no asistió a la universidad refleja la trascendencia de este cambio. Hasta hace pocas décadas incluso, el conocimiento constituía más un adorno intelectual que un requerimiento específico para el empleo; no eran muchos los puestos de trabajo en la industria que requerían de un conocimiento mayor al que se podía obtener en dos semanas de entrenamiento práctico. Los negocios –porque se asumían rutinarios– fueron tradicionalmente vistos con algo de desprecio por los intelectuales. Los mejores graduados de las universidades, incluso en los Estados Unidos de América, ciertamente en Europa y América Latina, buscaban trabajo en las profesiones liberales, el gobierno o la enseñanza universitaria.

A escala mundial, la actividad empresarial ha sido muy exitosa durante el último medio siglo. La producción y productividad, el comercio y la inversión han aumentado a ritmos sin paralelo histórico. En

cambio, el desempeño de los Estados ha sido bastante decepcionante. Las burocracias que eran bien vistas en los años sesenta, hoy no lo son. Hay que recordar que no fueron los Estados los que configuraron a las sociedades de hoy. Éstas, como asociación de personas en sus versiones antiguas y medievales, incluso no-occidentales, anteceden al Estado en su versión actual.

Cuando se constituyeron los Estados, se pretendió una monopolización de la violencia para lograr en teoría su eventual disminución. El modelo político, sin embargo, resultó legitimando la violencia como nunca antes en la historia. Se generó así una paradoja compleja: al ciudadano se le empezó a inculcar una creciente racionalidad para atender con mayor eficiencia su quehacer cotidiano y las tareas técnicas resultantes de la organización de instituciones sociales más amplias, pero se potenció también su componente emocional para asegurar así su entrega y servicio al Estado con el argumento de que éste era el único y legítimo representante de la nación a la que pertenecía. Fue la época de las banderas, las soberanías absolutas, los himnos y las escarapelas.

En su controvertido análisis, Karl Marx definió aspectos abstractos –tales como capital, trabajo, renta– y desarrolló un modelo de sus eventuales relaciones bajo condiciones hipotéticas. Su raciocinio y conclusión, el suponer que las clases sociales se enfrentarían en un creciente antagonismo, resultaron finalmente errados. En su tiempo, sin embargo, el mensaje marxista era visto como subversivo por dos razones: primero, por pronosticar equivocadamente el colapso del proyecto capitalista entonces vigente; pero también por sostener que, en el futuro, el sistema político de los Estados-Nación estaría a merced de fuerzas que atravesarían sus fronteras y sobre las cuales no tendrían control. Lo que le dio, por entonces, una reputación de subversivo a todo lo internacional.

Hoy, el concepto Estado-Nación ha perdido fuerza. Bastaría preguntar en Quebec, Cataluña, Gales o Flandes. De otro lado, como se dijo, el Estado-benefactor quebró financieramente en muchos países, demostrando ser un gastador insaciable y no muy eficaz. Incluso la concepción y proyección de algunas de las estrellas del crecimiento económico durante las últimas décadas –Hong Kong y Singapur, por ejemplo– se asemeja más a los de las ciudades del medioevo que a los Estados-Nación de la Era Moderna.

Es por ello que, en el plano de las ideas, se plantea la recuperación de la sociedad civil como el concepto prioritario. Ya no se debería ver al Estado como el

medio fundamental de integración social. Es, más bien, un mecanismo muy importante, pero uno más, por el cual se redistribuyen bienes y beneficios colectivos entre grupos de interés, muchas veces en pugna.

Son cinco las fuerzas que durante estas últimas décadas han erosionado la predominancia del Estado-Nación: los avances y cambios en la actividad productiva, los mercados internacionales, la ciencia, la cultura, y otras fuerzas sociales de muy diverso tipo.

La empresa que actualmente proyecte su actividad productiva como limitada por fronteras nacionales va camino a la extinción. La integración de los mercados comerciales y financieros ha ocasionado menores barreras arancelarias que en el pasado y una transformación de los sistemas de regulación para preferir que éstos sean regionales y globales más que nacionales. Los estados de Europa, por ejemplo, han sometido su soberanía a un banco central regional. China, con un quinto de la población mundial, bajo un gobierno marcadamente autoritario, se ha integrado a la OMC (Organización Mundial de Comercio), privatizado en parte sus poco eficientes empresas estatales y reduciendo su ejército en más de 500,000 conscriptos. Para la China de hoy, como para el resto de los países del mundo, la competitividad se ha vuelto tan o más importante que la soberanía.

En el campo de la ciencia, de otro lado, es evidente que los científicos y laboratorios hoy trabajan, como nunca antes, al margen de la dirección de sus gobiernos, sin coordinar incluso con ellos. Las fronteras territoriales resultan totalmente irrelevantes para temas como la evaluación del Fenómeno del Niño o las investigaciones en búsqueda de una cura para el SIDA. Y los expertos en las distintas materias, para informarse y debatir sobre estos y otros temas, van a navegar por Internet sin diferencias de nacionalidades. Nuevos desafíos a escala global, como el calentamiento de la Tierra, por ejemplo, han mostrado la limitada eficacia de los Estados nacionales para hacerles frente. Ello ha estimulado tanto la conformación de ONGs especializadas como de fondos y fundaciones particulares. La ONU –la principal organización colectiva de los Estados-Nación– requiere actualmente de aportes privados para la subsistencia mínima de sus programas.

La economía de hoy responde mejor a estímulos de la cultura que a los de los gobiernos. Ello demuestra cómo la nación puede haberse separado del Estado y ha entrado en una relación más directa con la economía. Comparadas con las demandas que el Estado-Nación imponía a la actividad productiva, las que

plantea la cultura son más fluidas, menos controlables y predecibles. Los gobiernos vienen descubriendo que la “cultura nacional” resulta mucho más elusiva que en el pasado y que no coincide con las fronteras. La India, por ejemplo, en los mapamundis de la Era Moderna, era un único país pintado de un solo color, distinto al de sus vecinos. En la India, sin embargo, se hablan 50 dialectos distintos, cada uno por más de un millón de habitantes. ¿No habrá, tal vez, 50 naciones encubiertas?

Finalmente, muchas demandas sociales –por ejemplo, las preocupaciones por los derechos humanos, la paz, el papel de la mujer, el cuidado del medio ambiente, el tratamiento de las minorías, la transparencia en el manejo estatal, la lucha contra la corrupción, todo aquello que podría motivar la entrega entusiasta de la energía juvenil- son hoy causas transnacionales. La energía de los jóvenes ya no se invierte más en el sistema estructural de soporte para el Estado-Nación como tradicionalmente se concebía.

El crimen, de otro lado, también ha superado las fronteras nacionales. Las mafias globales constituirán una amenaza creciente en el siglo XXI. Éstas se extenderán para cubrir todo el comercio ilícito demandado por consumidores, desde armas sofisticadas hasta cadenas globales de prostitución. Creada como institución por los británicos solamente en 1829, la policía está siendo superada como garante del orden en todas partes. Se estima que, a escala global, en 1980 había, por cada 10 policías, 7 agentes privados de seguridad; en 1995, hubo 30. La crisis colombiana no constituye un caso aislado. Existe una posibilidad real de que algunas redes criminales puedan controlar una parte significativa de las actividades económicas y que penetren en algunas de las principales instituciones sociales, multiplicando así su influencia.

Se requiere, por ello, de un replanteamiento conceptual de la teoría vigente sobre el estado y, por tanto, de las leyes que éste emite. El estado-nación de la Era Moderna no constituye, como algunos creen, la culminación triunfal del sistema de organización política en la historia humana. El marco conceptual que aún predomina –las ideas esenciales sobre pueblo, nación, estado, gobierno, territorio, fronteras- corresponde a un período de la historia que ya culminó. Estos criterios son relativos y no absolutos ni universales.

Es evidente que cualquier replanteamiento de este tipo debería dar respuestas superiores a dos interrogantes fundamentales. Primero, el que se refiere al consenso; ¿por qué un pueblo entrega su libertad

original a un cuerpo colectivo de cualquier tipo? El segundo interrogante se refiere al difícil balance requerido entre la libertad para crear y descubrir, y el bienestar social mínimo que debe haber en cualquier grupo. El primer ejercicio genera una teoría de democracia; el segundo, una teoría de derechos.

¿Qué futuro tendrá el Perú en esta Era Global, con una economía planetaria donde sólo participa con 0,2% de la producción y 0,1% de las exportaciones, sin ventajas competitivas muy evidentes, con una competitividad declinante según la última encuesta del World Economic Forum, con la reforma de su Estado aún por hacer, con importantes tareas pendientes –como la renovación del sector agrícola, la reforma educativa, la descentralización-, con instituciones fundamentales como el Poder Judicial y Electoral inmersas en una severa crisis de credibilidad?

La Era Global va a ser una época de descubrimientos sorprendentes y desafíos extraordinarios y requerirá de sociedades educadas e instituciones responsables, de valores personales y madurez moral, para prevenir los efectos potencialmente peligrosos de algunos de estos cambios. La ética requerirá de nuevos paradigmas basados en principios científicos y en lo mejor de la tradición religiosa para alcanzar la sabiduría en un mundo complejo.

En paralelo con esta evolución, según señala Manuel Castells en su importante obra *The Information Age: Economy, Society and Culture*, hay expresiones emergentes de una cultura virtual construidas sobre la base de un universo audiovisual amplio y crecientemente interactivo que viene integrando la diversidad de culturas en un hipertexto electrónico.

Frente a transformaciones como éstas, la democracia representativa –el “menos malo” de los sistemas políticos del siglo XX- enfrenta desafíos muy importantes. Cabe recordar que sus instituciones fueron diseñadas cuando, en efecto, el Estado podía fungir de soberano, con la capacidad de dictar órdenes, incluso arbitrarias, de alcance preciso. La disolución de fronteras en todos los ámbitos –económicos, políticos, sociales, empresariales- está generando una creciente incertidumbre que no es fácil de manejar, menos aún en el proceso de delegación de la voluntad popular.

Hoy, por ejemplo, un pueblo de Cataluña podría movilizarse, en coincidencia con intereses establecidos en otras comunas de Europa, para hacer frente a una decisión del gobierno español en un tema que podría incluso ser de interés global, por ejemplo la

contaminación, y llevar el debate a la prensa internacional con la participación activa de ONGs especializadas. Cuarenta años atrás, tal “conspiración” no hubiera sido posible.

Castells plantea la necesidad de transformar los Estados en organizaciones red, capaces de actuar con eficacia en esta nueva geometría del poder. En el siglo XXI, los ciudadanos van a pretender maximizar la representación de sus valores e intereses haciendo uso de muy variadas estrategias en redes plurales de competencias y alcances diversos. En la sociedad digital, la política se está convirtiendo, a veces, en un teatro de representaciones y donde las instituciones políticas se vuelven simples agencias de arbitraje. Con la pérdida de un contenido más espiritual y afirmativo, la política ha disminuido en categoría y prestigio. La actitud del hombre común se ha vuelto una de recelo defensivo ante el Estado que es visto como un ente que puede ocasionar más daño que beneficios.

Las doctrinas, o ya no existen o sus diferencias resultan hoy casi imperceptibles en términos prácticos. Y para la defensa y proyección de algunas causas nobles, las ONGs ya cuentan con más recursos, flexibilidad, motivación, transparencia y energía que las organizaciones políticas tradicionales. En el Reino Unido, *Greenpeace* tiene más miembros que el partido laborista en el gobierno. En lo último que piensa hoy un joven inquieto y angustiado por los problemas de su tiempo y mundo es en inscribirse en un partido político. Siente que perdería absurdamente el tiempo. En un contexto así, el poder se ha vuelto menos tangible y más voluble. Como Andy Warhol comentaba burlón del arte *post*-moderno, todos tendrán derecho a una fama efímera. En este nuevo mundo, las

tradicionales élites políticas han perdido relevancia y estabilidad. Por momentos relativamente breves y de manera sucesiva, surgen individuos que ocupan diversas posiciones de poder. Concluida su gestión, algunos regresan al total anonimato.

Cambios como los que se vienen registrando en los sistemas de producción, poder y experiencias, van a implicar una transformación sustancial de las bases materiales de la vida social. Las culturas, a través de la historia, se constituyeron por personas y grupos que compartían un espacio y un tiempo y que competían entre sí para imponer sus respectivas opiniones respecto de lo que deberían ser los objetivos e intereses sociales. Hoy, la cultura virtual que viene emergiendo, ya no está sujeta, incluso, a los límites del espacio-tiempo. En ella, los valores y objetivos se establecen sin referencia a lugar, pasado o futuro. Uno podría incluir hoy, todas las expresiones culturales, de cualquier tiempo y espacio, en un solo texto integrado, sujeto a continuas y arbitrarias modificaciones, listo a ser transmitido, en cualquier momento, según los intereses de quien lo envíe y del estado de ánimo de quienes lo reciben. Bill Gates aspira a tener algún día un archivo con todas las imágenes que existen del mundo. Es una cultura virtual de estas características la que ha empezado ya a definir categorías, perfilar comportamientos, inducir políticas, cultivar sueños y generar no pocas pesadillas.

La tensión mayor en siglo XXI se va a dar entre la identidad propia de cada cual y la multitud creciente de redes plurales. La política será ciertamente distinta a la de los siglos XIX y XX. Los Estados perderán algo más de la poca soberanía que les queda. Las leyes que permitan regular bien a estas redes están aún por descubrirse o afirmarse.